

# La encantadora de serpientes

Mari Carmen González Sánchez

Image not found.

# Capítulo 1

## LA ENCANTADORA DE SERPIENTES

### 1. LARGA ESPERA

Julia estaba sentada mirando a través de la ventana del hospital. Sumida en sus pensamientos profundos, divagaba buscando una respuesta trascendental que diese sentido a su vida. Le resultaba extraño ver que su mundo era invadido por nubes de tormenta, y que fuera, el sol resplandeciese indiferente a sus circunstancias. A su alrededor, la vida seguía su ritmo normal. La gente iba y venía, charlaba. Y ella, paralizada, sólo podía ver en el cristal un tenue reflejo de lo que había sido. Pálida, ojerosa, con su cabello largo y negro cayendo por su espalda de forma descuidada. Sus labios finos y sin apenas color, se encogían en una mueca contenida. Como si apretándolos pudiese impedir que las lágrimas brotasen de sus ojos, que eran dos charcos de agua en medio del cielo. Hasta su ropa era gris.

Tenía un brazo extendido que llegaba a la cama que había a su lado, con la mano posada sobre las de su marido. Gesto que por haberlo mantenido tanto rato, impedía que le circulase bien la sangre. No le importaba. Era incapaz de apartarse de él. Parecía estar durmiendo plácidamente. Si no fuese por la perturbadora incógnita de no saber cuándo despertaría, nadie podría pensar que hubiese algún motivo por el que tuviesen que retenerle allí. Aunque, igual que ella, había perdido el rubor de su piel. La máquina instalada al otro lado de la cama, informaba de sus constantes, regulares, considerando el estado en el que se encontraba.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta de la habitación. La mujer tendría unos cincuenta años, era corpulenta. Le dijo que ya era la hora de comer. Le aconsejó que saliese un poco, se airease, y tomase alguna cosa. No podía permitirse enfermar, debía de conservar las fuerzas para cuidarle. Sus palabras le devolvieron a la realidad... Pudo percibir que su estómago estaba más que vacío, y que tenía el brazo dormido.

Se levantó lentamente. Recogió su bolso y su abrigo con parsimonia. Se alejó en silencio. Recorrió los pasillos del hospital de forma automática, desgana. Se cruzó con las enfermeras que hacían su trabajo rutinario, y con los familiares que visitaban a los pacientes. Nada interesante. Escuchaba palabras sueltas, algunos rostros le sonaban de otros días. Era como una pesadilla que se repetía constantemente. El ambiente no era nada acogedor. El olor que la envolvía era peculiar, una mezcla de todo y nada, de enfermedad y limpieza exhaustiva... La luz de los fluorescentes era tan artificial como las máquinas de las que dependía la vida de

algunos enfermos. Se le hizo un nudo en el estómago.

Por fin llegó a la salida. Las puertas automáticas se abrieron. El sol le deslumbró. El lugar era un recinto cerrado, provisto de jardín, parking y una carretera que lo atravesaba, que iba desde la entrada, donde estaba ubicado el garito de seguridad con su barrera, hasta la zona de urgencias. Por efecto del otoño, las hojas marchitas de los árboles estaban esparcidas por el suelo. El viento soplaba a ritmo de la actividad diaria del hospital, molestando a quiénes iban y venían. Julia tuvo que apartarse el pelo, esquivar a los visitantes, los coches y las ambulancias. El ambiente estaba impregnado del humo que salía de los respiraderos de las cocinas. No hacía falta llevar reloj para saber la hora. Por eso hacía días que había dejado de prestarle atención. Desde el mismo momento en que su marido se sumió en el coma, el transcurso del tiempo había dejado de tener importancia para ella.

Dejó atrás el enorme edificio de ladrillo y se sumergió en las calles de la ciudad. Cemento, asfalto, árboles muertos... Para postres, la circulación era densa. Los coches emitían un ruido ensordecedor, y un humo tan espeso que colapsaba el aire. No le extrañó ver ventanas cerradas y balcones vacíos.

Caminó deprisa, en busca de un refugio. Se decidió por entrar en un bar de barrio para comer un menú barato. No había demasiada gente. La mayoría eran obreros, absortos en sus propios asuntos. Cogió un diario de esos de lectura rápida que había en la barra. Más que por interés, como medio para ocultarse, evitar sentirse observada y tener un lugar donde posar la vista mientras comía.

Al salir del local, dio un paseo. El viento ya no soplaba, se había llevado con él el ajeteo reciente. Los rayos del sol que se colaban entre las ramas desnudas de los árboles acariciaron su piel. Suspiró. En la calle por la que iba había una librería. Echó un vistazo, en un gesto mecánico, sin intención. Se fijó en el libro de mitología griega que había en el escaparate... Y tuvo una importante revelación... Su cerebro comenzó a trabajar, como si hubiese encontrado la pieza imprescindible de un engranaje que le hiciese funcionar a toda máquina. Entró y lo compró, en un acto deliberado y cargado de pasión y desesperación. Aunque ni el dependiente, ni sus clientes, fuesen capaces de intuir para qué lo quería y lo que podría significar para ella.

Regresó al hospital caminando a toda prisa. Recorrió los pasillos deslizándose por ellos como lo haría un fantasma, con esa magia que los hace pasar desapercibidos y aparecer por sorpresa en cualquier lugar.

Al llegar a la habitación, cerró la puerta tras de sí. Fue como si se hubiese teletransportado, como si nunca hubiese dado un paso fuera de allí. Volvía estar en su asiento, al lado de su marido, con la única diferencia de que

esta vez tenía el libro cogido entre sus manos.

—Cariño, jamás te he contado nada, porque nunca sentí que hubiese llegado el momento apropiado para hacerlo... Mi abuela me explicaba historias desde bien pequeña... Historias que creí que eran reales hasta que cumplí los catorce años. Entonces mi madre se interpuso entre las dos y utilizó su verdad para romper nuestra burbuja...

Julia hizo una pausa. Estaba convencida que le estaba oyendo. Quería emplear el tono adecuado, usar las palabras correctas. No tenía prisa. Retomó el hilo de su monólogo con voz suave.

## 2. CONFESIONES DE JULIA

...Mi abuela decía que los dioses griegos existían. Que no eran sólo un mito. Y que uno de ellos se había encaprichado de mi madre. Con motivo, porque era muy hermosa e inteligente. Todas las mañanas, cuando salía al balcón a tender, había una paloma que la observaba, posada en las jardineras de la ventana. Siempre la misma paloma. Decía haberse fijado muy bien en sus detalles, y no existía posibilidad alguna de que la confundiese por otra. Fue por esa época que mi padre se vio obligado a viajar por trabajo. Estuvo una semana fuera. Una de esas noches, mi abuela, entre sueños, observó una luz dorada desplazarse por delante de la puerta de su habitación. No le dio importancia entonces, pensó que era producto de su imaginación. La paloma ya no volvió al día siguiente, ni los posteriores... Sucedió que mi madre al poco se quedó embarazada de mí. Pasados nueve meses, vine yo al mundo. Al regresar del hospital, encontraron la paloma posada en la jardinera, de nuevo, arrullando y mirando hacia el interior de la ventana, moviéndose de un lado a otro. Jamás faltó a su visita diaria, durante mis tres primeros años de edad. Y yo no caí enferma, ni tuve ningún accidente. Como si algo o alguien me protegiese.

Creo que a partir de los seis años ya era capaz de entender algunas cosas que mi abuela Carol me decía... A mi manera, claro. Me contó que nada me podía pasar, que yo tenía algún poder especial y que no debía de tener miedo de nada ni de nadie. Así que yo me lo creí. Como me sentía especial, todo parecía salirme bien. Sobre todo en la escuela. Nadie jamás se atrevió a insultarme o a levantarme la mano. Me gané el respeto de mis compañeros sin haber hecho nada para conseguirlo.

Con doce años deseé vengarme de una compañera que había ridiculizado a una buena amiga. La amenacé. Estuvo tres meses sin venir a clase porque se cayó por la escalera de su casa y se rompió una pierna. Algo fortuito quizás. Pero aquel hecho me marcó. Me disgusté conmigo misma. No quería hacer daño a nadie más. Así que estuve un tiempo actuando como lo hacían las otras niñas, intentando creer que era igual de normal que ellas. Hasta que mi abuela intervino y me transmitió su coraje. No

tenía razones para temer nada malo. Me dijo que debía de investigar cuál era mi lugar en el mundo de los dioses. Una parte de mí no se atrevía a hacer nuevos descubrimientos, otra parte se moría de ganas de saber más. Mi curiosidad pudo más que cualquier otro sentimiento.

Contrastamos hechos y como resultado llegamos a la conclusión de que yo y mi familia siempre habíamos gozado de buena salud. Así que mi abuela me puso a prueba. Debía de concentrarme en los enfermos, darles ánimo, consejo, tocarles... Para ver qué ocurría. Y yo, algo escéptica, así lo hice. Bajo mi influencia, la gente mejoraba. ¿Serían coincidencias? No me lo podía creer.

Tendría unos catorce cuando a mi abuela se le agravaron algunos achaques propios de su edad. Mi madre la llevó a todos los médicos habidos y por haber y le recetaron un montón de medicamentos. Carol no creía que pudiesen beneficiarla, así que no quería tomárselos. Según su opinión, sólo necesitaba estar conmigo para sentirse mejor. Engañaba a mi madre cuando podía, tiraba las pastillas a la basura. Pero ella era demasiado lista. Sospeché enseguida, y comenzó a espiarnos. Un día escuchó una de nuestras tantas conversaciones secretas, escondida tras la puerta. Y muy enfurecida, nos regañó a las dos. Nos dijo que esas historias eran pura fantasía. Que yo era una niña normal y corriente. No quería ni oír hablar de dioses o poderes de ningún tipo. Si la queríamos y respetábamos, debíamos hacerla caso, y no hacer ninguna locura. Mi abuela debía de seguir el tratamiento que le habían dado.

Las tres nos unimos en un fuerte abrazo. Fue el día que estuvimos más unidas, y más separadas. Ninguna de nosotras nos sentimos comprendidas.

Una mañana de primavera, mi abuela estaba sentada en su sillón preferido, mirando por la ventana. No era consciente de los estragos que el paso de los años habían hecho en su cuerpo. Su piel estaba más arrugada, sus ojos parecían más cansados, incluso la vi más encogida de lo habitual. Me acerqué a ella, me cogió las manos y me dijo con voz débil que ya sabía quién era yo... La encantadora de serpientes. Que mi don era la salud. La muerte me esquivaba a mí, y a quienes me rodeaban, por quererles demasiado. Había llegado el momento de que la dejase partir...

No supe qué decirle. Ya hacía tiempo que me había centrado en mis estudios. Había aceptado mi realidad, ignorando todo lo relacionado con esas historias. Callé, por no herir sus sentimientos. Su mirada estaba clavada en la mía. Sabía que yo era la única capaz de comprenderla. No podía fallarle, así que la escuché.

Me explicó que hubo un dios, conocido como Asclepio, hijo de Apolo, tan hábil con la medicina, que podía resucitar muertos. Y que yo, por los motivos que fuesen, había heredado sus dones... Le pregunté qué quería

de mí. Me pidió que la olvidase, que podría seguir adelante sin ella. Ya no la necesitaba. Me negué a aceptar lo que me estaba diciendo. Pero había tanta emoción en sus palabras, y tanto sufrimiento en su mirada... Acabé accediendo. Asentí. Le di un beso en la mejilla y me marché.

Recordé muchas veces esa conversación. Me pregunté si mi amor por ella podría afectar de alguna manera a su destino. Si mi voluntad estaba por encima del orden natural de las cosas. Oh, era tan complicado todo... No tenía pruebas tangibles de que hubiese algo de verdad en ello... Sólo acontecimientos que podrían considerarse como casuales. Pero me obligué a mí y a mi corazón a desprenderme de esa necesidad, a aceptar esa separación que algún día debía de llegar.

No sé si transcurrió una semana. Una noche, antes de acostarse, mi abuela me dio un abrazo intenso y me susurró "gracias". Excepto por aquel gesto, lo demás transcurrió con total normalidad. Hasta que fuimos conscientes, ya de madrugada, que se le paró el corazón mientras dormía. Luego todo pasó muy deprisa... Llamamos a una ambulancia, se la llevaron. Nos quedamos sin palabras, sólo fuimos capaces de llorar. Lo que ocurrió después, el velatorio, el funeral, lo tengo en la memoria como algo confuso, como un conjunto de flashes. Lo que sí que recuerdo con claridad es la reacción de mis padres cuándo les expliqué que me sentía responsable de su muerte, y que las historias que mi abuela contaba eran ciertas... Decidieron poner fin a mis fantasías absurdas, actuando como cualquier padre que cree que su hijo está loco. Con mi abuela no intervinieron, pero yo aún era joven, y tenía toda una vida por delante.

Y me transformé en la persona que conociste. Alguien práctico, poco dado a fantasear.

### 3. MOIRAS

Julia se había quedado en silencio, mirando a su marido. Cogió una botella de agua que había en la mesita. Tomó un sorbo. Todavía le quedaba por explicar la parte más delicada...

—¿No lo entiendes?, tú y yo nos prometimos amor eterno... No puedes marcharte de mi lado. Viniste a mí cuando más te necesitaba. Cuando más sola me sentía. Eres mi alma gemela. Me conoces mejor que nadie, y yo a ti... Tarde o temprano hallarás la manera de volver, o si no, yo encontraré la manera de traerte aquí conmigo.

Sujetó con fuerza sus manos.

—Esta agonía no puede durar más tiempo. Me enfadé contigo en el peor momento que podía enfadarme. ¿Recuerdas?... Estabas conduciendo. Te distraje, y el coche de delante frenó de golpe. No es justo que yo pueda

haber provocado esto. No es justo, no es justo...

Julia se recostó en el sillón. Sus ojos estaban húmedos. Recordó los momentos felices que habían vivido juntos. El primer beso. Los largos paseos por la playa. El calor de sus abrazos...

Una visión extraña se apoderó de su mente. Estaba dentro de una cueva, escasamente iluminada por lámparas de aceite. Había madejas de hilo depositadas por todas partes, y bolsas de lana amontonadas aquí y allá. Frente a ella, tres mujeres trabajaban en una rueca. Eran de apariencia casi angelical. Tenían largos cabellos oscuros, recogidos de distinta manera, y túnicas blancas, diseñadas también con pequeñas diferencias. Las tres estaban muy concentradas. Una hilaba, moviendo con gran destreza el huso y la rueca. La otra controlaba el ovillo, mirando de repartir el hilo correctamente. Y la tercera, tenía unas tijeras plateadas en sus manos. Estaba quieta, tranquila, esperando el momento de cortar. Las tres se giraron y posaron sus ojos en Julia.

—Parece que todavía no es momento de cortar... —dijo la que sujetaba las tijeras, con voz intensa, sobrenatural, que resonó por toda la cueva. Se volvió hacia la de aire más joven—. Láquesis, ¿cómo va el devanado?

—Hay sitio para más hilo, Átropo —le respondió, sin dudar, con una amplia sonrisa. Lo que pareció complacer a su compañera.

—¿Te queda lana, Cloto? —se quiso asegurar Átropo.

—Sí, hay suficiente... —confirmó la última en hablar, muy ceremonial en sus gestos y manera de expresarse.

Y volvieron a centrar sus miradas en la rueca y en el trabajo que estaban realizando.

En la mente de Julia todo se volvió borroso. Escuchó una voz lejana que le era muy familiar. Y sintió una caricia en su mejilla izquierda. Al abrir los ojos, se encontró con el semblante preocupado de su madre.

—Hija mía, tienes muy mala cara..., ¡no puedes seguir así!, ¿y ese libro?, ¿hace cuánto que no te medicas?

—Mamá, por favor, déjame tranquila...

—De eso nada, deberías de ver a tu doctor...

—No quiero... No puedo dejarle solo... Estoy bien.

—No estás bien, y no vamos a tardar...

Ana recogió el abrigo y el bolso de su hija y estiró de su brazo, obligándola a levantarse. Todavía conservaba su energía y su fuerza. Los años le habían proporcionado algunas canas y arrugas. Pero la determinación de sus acciones se mantenía intacta.

Al marcharse, y caminar de espaldas al cristal de la ventana... El reflejo de ambas se vio como idéntico... Y tras desaparecer por los pasillos, ocurrió ese milagro tan esperado. Jaime despertó del coma. Sus ojos parpadearon, y sus manos se movieron despacio, buscando la mano de Julia.

SANMAR